

Tierra húmeda

Vi el tiempo como un demonio del que no puedo escapar. Me persigue, se acerca lentamente por detrás y no puedo evitar su llegada. Tal vez solo deba esperar y ser fuerte, caminar a su lado y no dejar que me arrastre.

Me desperté sobre las seis de la mañana aquel miércoles de enero, como cada día laboral. Solía hacerlo temprano para darme un baño relajante y desayunar en la terraza, con la brisa fría y el sol asomando entre los edificios vecinos de la finca. No era una mañana distinta: la misma ciudad, el mismo ambiente fresco de finales de invierno. Pero yo no era la misma.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando oí el timbre. A esas horas no repartían paquetes, no traían el periódico y no esperaba a nadie. Sin dudarlo, me acerqué a la puerta y pregunté por el telefonillo quién era. El silencio fue la única respuesta.

Me asomé por la mirilla. Sabía distinguir perfectamente el sonido del timbre de arriba y el de abajo, pero al acabar de despertar pensé que tal vez lo había confundido, que estarían llamando a algún vecino. Me equivoqué. No había nadie tras la puerta.

Decidí continuar con mi rutina como si nada hubiera ocurrido. Quizá fue un error de alguien que no quiso responder, una broma sin más de algunos chicos del barrio o cualquier otra estupidez a la que no merecía darle importancia.

Me duché, me vestí y desayuné en la terraza del apartamento. Cuando dejé los platos en la pila de la cocina fui a lavarme los dientes al baño y ya estaba preparada para salir. Cogí el móvil, aún cargando, de la habitación y las llaves del recibidor. Al salir del piso y dar el primer paso hacia el ascensor, algo en el suelo me hizo resbalar y casi caer.

El culpable: un sobre de papel tirado en el pasillo.

Me agaché para recogerlo, con el corazón acelerado por el susto. Examiné la carta de arriba abajo y miré alrededor, buscando algún rastro de presencia humana. El pasillo estaba vacío. Pensé en lo que estaba ocurriendo, en si era algo personal, algo relacionado conmigo. Tal vez alguien quería decirme algo y no era capaz de plantarse ante mí e iniciar una conversación. ¿Un admirador, una broma pesada, o una carta que escondía algo que escapaba a mi imaginación?

Finalmente, la abrí.

Veo la belleza al final del trayecto.

Era mi letra. Eran palabras que yo ya había dicho. Pero era una carta que yo no había escrito. Nunca hablé de eso. De mi visión del futuro, de mi destino final, del tormento que sentí y, sobre todo, del que seguía sintiendo. Era algo íntimo, algo que formaba parte de mí como un hueso más del cuerpo. Un pensamiento interno, recubierto por una capa inestable de sentimientos que jamás compartí.

La carta fue una luz. Aquellas palabras eran huellas marcadas en el suelo, señales del camino que debía seguir.

Omití toda aquella mañana. Olvidé cada cosa que debía hacer y desistí de todo por completo. Me dediqué a bailar con la calma, a ser dueña de aquella carta, a seguir los pasos que veía dibujados en ese sendero de tierra húmeda. Y encontré lo bello en el camino. Encontré un lugar al que ir.

Guardé la carta en el bolsillo izquierdo como si fuera un tesoro. Salí del edificio y caminé durante largo tiempo. En mi cabeza rompían olas de recuerdos, como un mar agitado. Me veía caminando una y otra vez por el pueblo, paseando por el monte y, por supuesto, visitando mi lugar favorito: el río.

Al caer la noche, el sol se refugiaba tras las montañas nevadas y el río del pueblo guardaba el eco de sus colores. Nunca había contemplado atardeceres más bellos que aquellos. Me senté allí y esperé para verlo una última vez.

Desistí de empujar la roca hacia la cumbre de la montaña. Cada caída era volver a empezar el ciclo: volver abajo, levantarla de nuevo, subir otra vez. Una vez más, y después otra, y otra.

No porque pesara demasiado, sino porque ya no recordaba por qué había empezado a subirla.

¿Qué sentido tiene repetir el gesto? ¿Qué sentido tiene la vida en sí? ¿Por qué debo hacerlo?